

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 116
Abril - Junio 1999

**PEDRO HENRIQUEZ UREÑA Y ALFONSO REYES:
 NOTAS A UN EPISTOLADO DE LITERATURA Y AMISTAD***

Soledad Álvarez**

La posteridad, verdadero árbitro de la obra literaria, no sólo ha reconocido el lugar de excepción que ocupan en la historia de la literatura latinoamericana las obras de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, y la importancia fundacional de las empresas culturales protagonizadas por ellos, entre otras el Ateneo de la Juventud en el México de la revolución, sino que también ha valorado la amistad entrañable que unió a estos escritores por más de “ocho bien contados lustros de humano comercio y comunicación”, como definiera bellamente Alfonso Reyes el dilatado período de su relación con el dominicano. La frase ilumina muy bien la singularidad del vínculo, construido con el mayor esmero por los dos escritores en el terreno firme de la vocación y de la afinidades intelectuales, pero que por profundo llegó a abarcar espacios de intimidad y sentimientos personales duraderos.

Creo no equivocarme si afirmo que la amistad entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes es uno de los diálogos más fértiles de nuestra literatura. Sus frutos concretos fueron muchos. Baste con citar los trabajos conjuntos, como la traducción del inglés de *El estado y la revolución proletaria*, de Lenin, conjuntamente con Carlos Pereyra; los libros publicados gracias a la gestión de uno en favor del otro frente a las casas editoriales — co-

* Ponencia presentada en los Coloquios de la Feria Internacional del Libro, Santo Domingo 1999.

** Poetisa y escritora.

mo la de Pedro con la Casa Ollendorf, de París, en la que Reyes publica su primer libro de ensayos, *Cuestiones estéticas* (1910-1911); y las colaboraciones en revistas y periódicos de los países que les tocó vivir, agenciadas en beneficio del amigo casi siempre con miras a satisfacer las frecuentes urgencias económicas, las necesidades del “alimento terrestre”, como las denominó Henríquez Ureña — diligencias de Pedro para las colaboraciones de Alfonso en la revista *Cuba Contemporánea*, y en *Las Novedades*, de Nueva York; y de Alfonso por Pedro en *Revue Hispanique*, París, y en *Hispania*, de Madrid. Gracias a la invitación de Alfonso, Pedro viaja a Madrid en el verano de 1917, y como no podía vivir ocioso, relata aquel en su texto “Encuentros con Henríquez Ureña”, le acompaña al Centro de Estudios Históricos, donde regresa en diciembre de 1919 para terminar su importante estudio sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*, que se publicó como anejo de la “*Revista de Filología Española*” en 1920, con prólogo de Ramón Menéndez Pidal. El trasiego de libros, de información bibliográfica y de correcciones fue permanente. Pedro enmienda el poema “Canción bajo la luna” de Reyes, le hace importantes acotaciones a su artículo “Nosotros”, y a su trabajo sobre *El Periquillo*; Reyes, a cambio, corrige el texto de Pedro “Los valores literarios”, y hace valiosos señalamientos a su artículo sobre *Azorín*. Pero más importante, aunque quizás menos concreta, es la huella de esta amistad en la maduración de sus ideas sobre el mundo y la literatura, así como en la incesante búsqueda del perfeccionamiento intelectual y espiritual, tan definitiva que no será posible hacer la biografía literaria y personal de estos escritores sin considerar sus influencias mutuas.

Las cartas cruzadas entre Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a lo largo de casi cuarenta años, desde 1906, un año después de que se conocieran en la redacción de la revista *Savia Moderna*, hasta 1944, dos años antes de la muerte del dominicano, son el mejor testimonio de la amistad entre estos dos escritores extraordinarios. Epistolario de fraternidad y pasión por la literatura, uncido por la alta calidad humana de los corresponsales, y que bastaría como testimonio humano o como muestra del género: documento en el que se expone, como en ningún otro la subjetividad del autor, los meandros de la intimidad al descubrir-

to como cuando se habla consigo mismo, pero que a la vez ilumina la presencia de ese otro a quien se dirige el mensaje, participe activo del ámbito epistolar en tanto es a partir de ese único destinatario que se establece el tono del texto y hasta el perfil del que escribe. En las cartas personales no sólo nos presentamos como somos, sino también como queremos ser vistos por el otro.

En la correspondencia entre Henríquez Ureña y Alfonso Reyes encontramos esa interacción del yo y el tú, con toda la riqueza y *los matices propios de dos seres humanos excepcionales* por su cultura y su sensibilidad, con una eticidad sin fisuras, que se manifiesta tanto en su vida pública y su literatura, como en su intimidad: “Ya te he dicho — le escribe Pedro a Alfonso poco después de conocerse — que para mí una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual, no realizándose de veras sino en un acuerdo moral” (carta del 3 de febrero de 1908). Pero además, las cartas nos sumergen en una época de grandes cambios tanto en la América Hispánica como en Europa, en un período de ebullición de las ideas, al que Henríquez Ureña y Reyes aportaron la lumbre de su pensamiento integrador: el México de la revolución, Cuba y Santo Domingo en los inicios de una modernidad trunca por el autoritarismo, Francia y España en los momentos de la primera Guerra Mundial, Estados Unidos en su fase de feroz intervencionismo, la “década infame” y las vanguardias en Argentina, Brasil, y de nuevo México, el de la revolución institucionalizada de Cárdenas, adonde llega Reyes en 1939 para vivir sus últimos veinte años de gloria, y morir en la paz de su “capilla alfonsina”.

Los frecuentes desplazamientos por los países de nuestra América, España y Francia, y una irreductible vocación literaria son las dos circunstancias determinantes tanto en la vida de nuestros escritores como en las cartas que comentamos. Y quizás como contrapartida a la errancia, y derivada de la determinación de hacer de la literatura el centro de sus esfuerzos y de sus vidas, la conciencia de pertenecer a un grupo transnacional cuya patria es la inteligencia, espíritu comunitario que no tiene reparos en admitir la aristocracia de espíritu como sello que les distingue y separa de la ignorancia y la mediocridad ambientes. Y es que,

le escribe Henríquez Ureña a Reyes el 30 de mayo de 1914, “ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual ni tampoco social: es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual.” De ahí que encandilados para siempre por la heroica aventura del grupo ateneísta, en todos los países donde residen se ocupen de buscar o de conformar ese “pequeño grupo”. Entre otros, en Cuba serán José María Chacón y Calvo, Mariano Brull, y Francisco José Castellanos; en España, Américo Castro, Federico de Onís, Ramón Menéndez Pidal, Tomás Navarro; en Estados Unidos, Salomón de la Selva y su grupo vanguardista; en Argentina, Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Victoria Ocampo, Francisco Moreno y Arnaldo Orfila. Pero si bien es cierto que la errancia ensancha la comunidad a la que se sienten pertenecer, también es significativo que en la correspondencia el “nosotros”, así entrecomillado por Henríquez Ureña y utilizado por Reyes para titular su crónica de las actividades del Ateneo, sea utilizado solamente para designar a ése, el grupo de juventud que ellos encabezaron junto a José Vasconcelos y Antonio Caso, y que poco antes de la Revolución transformó la vida intelectual mexicana. Sin embargo, con los años, y con algunas decepciones mexicanas y ateneístas, el espacio de muchos pareciera reducirse a ellos dos, que sí lograron mantener indemne la amistad a pesar de las naturales querellas y los contados malentendidos. El detente es la literatura, ascesis y proyecto compartidos. El 8 de mayo Pedro le escribe a Alfonso:

“No todo ha sido armonía perfecta en nuestro mundo; pero fíjate en que yo, aunque podía ser el centro de la irradiación — como en todo-, nunca era la fuente de disgusto.

Este ha procedido siempre de fuente extraña a la naturaleza intrínseca de nuestro grupo: el elemento veracruzano de Martín o de Enrique Jiménez, o el elemento peralvillo-saltillesco de Acevedo o Julio, o las cosas miles que brotan en la política. Lo nuestro propio, que es la actividad intelectual en el plano de una agilidad amena, pero siempre en tensión, es el secreto de la felicidad. Si pudiéramos mantener en ese punto las cosas — y lo hemos logrado meses y meses — seríamos felices siempre. Podemos serlo aún” (carta del 8 de mayo de 1914).

Sin dudas, el espíritu comunitario del Ateneo, “días alcióneos” de lecturas colectivas de los textos griegos hasta la madrugada, hizo propicio el acercamiento entre Henríquez Ureña y Reyes tanto como el influjo del dominicano sobre el grupo. Con su bien ganado prestigio de joven erudito, y con su primer libro, *Ensayos críticos*, publicado en La Habana en 1905, Henríquez Ureña deslumbró al joven Reyes, estudiante de bachillerato que apenas contaba diecisiete años y que recién iniciaba sus primeros pasos en la literatura. En “Encuentros con Henríquez Ureña” Reyes recuerda la atracción inmediata que sintió hacia el ensayista dominicano, su “gravitación imperiosa”: “Cuando lo encontré por primera vez en la redacción de *Savia Moderna*, se me figuró un ser aparte, y así lo era. Su privilegiada memoria para los versos — cosa tan de mi gusto y que siempre me ha parecido la prenda de la verdadera educación literaria — fue en el lo que desde luego me atrajo. Poco a poco sentí su gravitación imperiosa, y al fin me le acerqué de por vida.”

Desde el primer momento, y a pesar de que Pedro sólo le llevaba cinco años a Alfonso, la relación fue la del maestro con el discípulo, la del hermano mayor o la del padre con el hijo. Henríquez Ureña asumió con gusto y dedicación su función de mentor intelectual, y como tal conmina a Reyes a vencer la pereza, a escribir y publicar. Le señala lecturas: Descartes, Schopenhauer, Nietzsche, Platón, la literatura griega, especialmente Eurípides y Aristófanes, y también sugiere temas: la utopía, entre otros. Así, en 1908, dos años después de que se conocieran, Alfonso devora “El origen de la tragedia”, de Nietzsche, “un desbarajuste en mis ideas”, confiesa, y se atreve a ensayar una interpretación de los espíritus apolíneo y dionisiaco, que comunica al amigo “con *inusitado atrevimiento*”. Al final de su exposición le dice: “Ya me dirás si tengo razón. Pero, si he metido la pata, no me castigues con dureza: mira que es la primera vez que me resuelvo, en estos asuntos, a hablar de lo que no entiendo, o, como dicen Uds. ‘a hacer crítica’ ” (carta del 29 de enero de 1908). Durante años Henríquez Ureña corrige interpretaciones y textos del amigo, y le da pautas a seguir sobre el estilo: “aún retuerces demasiado el estilo: eso se es opinión general. Te acuerdas de que discutimos

qué cosa sea por qué cosa es? Aún falta sencillez mayor: a mí me la atribuyen" (carta del 22 de junio de 1914). "Sé preciso", demanda; "cuida tus grafías", "pule," le advierte. Todavía el 30 de mayo de 1914, ocho años después de que se conocieran, le envía unos juicios demoledores sobre el ensayo "Críticas del Periquillo": "Pertenece a tu época incomprensible", dictamina, "demasiado sucinto, sin explicaciones, sin cronología, sin bibliografía", señala, para agregar la recomendación salvadora: "Insisto en que debes releer y repulir todo lo que escribas. Eso sí, el trabajo está bueno, y debes enviarlo a todo el mundo. (...) Pero pule: es una tristeza que la magnífica vía de la Hispanique no sirva para darte reputación absoluta por causa de descuidos secundarios." Henríquez Ureña es implacable, pero se cuida de no enseñorearse en su reconocida superioridad, por lo que al final de esta carta extiende la mano hermana y dulcifica la reprimenda: "Yo necesito siempre de consejo. Creo que no he publicado un solo artículo sin mostrarlo y pedir opinión previa. Ahora consulto a mi hermana, que rara vez deja de corregirme."

Reyes recibe las críticas con agradecimiento. Consciente y humildemente ha asumido su papel de aprendiz, y no pocas veces su única respuesta es la autocrítica: "Respecto a mi alambicamiento espontáneo, también lo confieso: cada vez me lo procuro corregir más. Creo que nunca lo lograré completamente." Tampoco duda en admitir el desliz a causa de la prisa y de los múltiples trabajos que se ve obligado a desempeñar: "Ciertas todas tus críticas, exactísimas. Cierto también que el error me viene de escribir de prisa. ¡Antes he escrito! Lo hice por tarea, de carrera, sin preocuparme mucho, porque tenía muchos cuidados materiales que me solicitaban. (...) De todos modos, cuando se escribe se debe hacer bien." (Cartas del 7 de marzo de 1914)

Antes que rechazar las frecuentes críticas, Reyes las exige y hasta llega a mostrarse halagado por el interés de que es objeto. La respuesta lisonjera a los juicios sobre su "Críticas del Periquillo" muestra claramente esta actitud: "Si tú no te resuelves a venir, nunca escribiré bien: no sé ver muchos defectos míos. Créeme que me dan ganas de llorar" (carta del 16 de junio, 1914). Espontáneo y emotivo, Reyes manifiesta a lo largo de toda la co-

respondencia un exaltado afecto por Henríquez Ureña: "En mi soledad, ya lo sabes, eres el centro de mis deseos espirituales. A ti aspiro y en ti espero" le escribe el 19 de mayo de 1914. Y el 24 de agosto del mismo año, para explicarle por qué "el elogio casi furtivo" en el artículo "Nosotros", se decide a hablarle "con el corazón en la mano" y le dice "yo no podré nunca escribir ni hablar de ti: por una parte me resuena todo mi ser cuando me propongo definirte; por otro mi sentido mexicano del ridículo me cohibe. Estás demasiado, no diga ya cerca, dentro de mí. Has sustituido mi conciencia." Henríquez Ureña retribuye la afición con solicitud sobria, pero no por ello menos tierna. Se mantiene pendiente de todos los asuntos de su amigo: de sus lecturas, de sus salidas, de sus ocupaciones diplomáticas que tanto tiempo le roban a la creación, de sus amigos y de su vida familiar. Las únicas quejas de Reyes se refieren al temperamento de Henríquez Ureña. Le llama "iracundo", advierte sobre sus malos humores y en diversas ocasiones se refiere a la crueldad de sus cartas cuando aquel le exige una fortaleza mayor de la que él se cree capaz. Y es que Henríquez Ureña es todavía más riguroso y exigente cuando trata las que considera debilidades en el carácter de su amigo. Critica sus tristezas, su dispersión, los frecuentes cambios de humor y la dependencia de los amigos y de México: "Es ya monstruoso ese sistema de quejas — le escribe el 7 de diciembre de 1913, a París - ¿Para qué te fuiste, si sabías que en París no estábamos nosotros? Es demasiado mexicanismo." Y es que sobre la vida que les ha tocado vivir fuera del país natal, como sobre otras muchas cuestiones, Henríquez Ureña tiene sus reglas particulares: "no vivir como extranjero en ninguna parte", salir a la calle, conocerlo y disfrutarlo todo: música, teatro, museos.

Las pautas de la relación se mantienen en esta tesitura durante los que podríamos llamar los años de formación de Reyes, que a mi juicio abarcan desde su encuentro con Pedro, en 1906, hasta los últimos años de su estadía en Madrid, en los inicios de década del veinte. Todavía en París, en 1914, el mexicano se nos presenta sin un norte preciso: "Yo hubiera sido un literato de éxito fácil. Hoy me falta ideal. Tampoco quisiera encallar en la crítica, ni siquiera en el ensayo — genero mirando-el-mundo, aunque

éste me seduce más. Quisiera realizar mi poesía, y hacer obra de invención.” (Carta del 19 de mayo de 1914).

La evolución de esta amistad es uno de los aspectos más fascinantes en este Epistolario, que como en toda relación duradera se corresponde con la evolución de ellos mismos. Lo primero que advertimos es que se hace más equilibrada con el crecimiento y la madurez intelectual de Reyes. Pedro continúa ejerciendo su función de orientador, pero ya durante la estadía de Reyes en Madrid puede reconocer y complacerse por los méritos del amigo, que en 1924 ha logrado publicar catorce libros, entre otros su primer libro de poemas, *Huellas* (1922); sus poemas en verso y prosa *Ifigenia Cruel* (1924), y *Visión de Anáhuac* (1917); su primer libro de cuentos *El plano oblicuo* (1920), y las magníficas *Simpatías y diferencias* (1921). Los adjetivos y los reconocimientos son frecuentes. “Ayer, carta tuya del 20 de julio — le escribe el 6 de agosto de 1914 — Con artículo. Excelente”. Y más adelante: “En general, me parece que escribes más fácilmente que antes. Quítate los veas, las inversiones, los tecnicismos (...) y quedarás perfecto. Ya no se puede discutir tu ventaja en México. No sé si es mi costumbre de tí: pero encuentro lo tuyo mejor que otras cosas.” Y en carta del 25 de febrero de 1922 la declaración que le consagra como “el mejor poeta mexicano de 1922.”

Siempre insatisfecho con su obra escrita, agonizante por no cumplir con las expectativas que se había forjado sobre sí mismo, “ser autor de algo como el Camino de Perfección”, Henríquez Ureña debió ver cumplidas en Reyes muchas de sus aspiraciones: inspiración y proliferación creativas, y sobre todo esa “pluma libre” que tanto le celebrara en busca de alejarlo de la investigación y la erudición. No quiere para su amigo los trabajos de la academia que él sintió como grilletes durante toda la vida, aunque fueran los que cimentaron su aporte más alto a la historiografía literaria latinoamericana, el monumento que es *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Por ello, en el hermoso artículo que dedica a Reyes, y que publica en Buenos Aires en 1927, una sospecha que es de sí mismo que habla cuando dice que si bien el mexicano se puso íntegro en sus labores del Centro de Estudios Históricos, de Madrid, “suspiraba por la pluma li-

bre, para la cual le quedaban ratos breves. El trabajo del investigador, del erudito, del filólogo, aprisiona y devora". Si no es descabellado suponer que alguna vez pensara en Reyes como obra suya, tampoco lo es que fuera su complemento, tanto que en una ocasión llegó a confesar, de manera inusual, que también él sentía suyo la Ifigenia cruel, "tejida, como las canciones, con hilos de historia íntima". La identificación no sólo atañe a ese poema entrañable, tan cercano a su idea sobre el sacrificio. Sobre los libros de Reyes dice "son tan míos, que todo lo que yo diga de ellos tú ya lo sabes: es lo mismo que tú piensas." Y es que ciertamente, si él fue el maestro, el "alma" del grupo del Ateneo, como escribe el 30 de mayo de 1914, Reyes será el portavoz pues es quien le ha sacado verdadero partido al escribir, "de todos modos tú eres la pluma, tú eres la obra, y ésta es la definitiva" concluye prohibiendo desde temprano sus fantasmas.

Paradoja del destino, o resulta previsible de los itinerarios vitales: mientras Reyes burbujea y alcanza la plenitud de sus dones, Henríquez Ureña se ensombrece: si ve a Reyes "hundido en el placer", dice verse a sí mismo hundido "no en la pobreza, sino en el dolor." Las heridas de su segunda experiencia mexicana fueron muy hondas, sólo aliviadas por su matrimonio con Isabel Lombardo Toledano, una cosa con algo de locura, según le escribe a Reyes, porque ella tiene diez y nueve años menos que él, a lo que se agregó, al poco, la frustración de su regreso a Santo Domingo, donde a pesar de su ilusión y de sus deseos declarados no pudo echar raíces. Ciertamente que en el 1940 mereció el honor de ocupar la Cátedra de Poética "Charles Eliot Norton" de la prestigiosa Universidad de Harvard, y que después de dar a la luz *En la orilla. Mi España* (1922) los libros publicados se hacen más frecuentes. Sin embargo, nunca pudo reconciliar sus logros con las expectativas que tenían los otros sobre él, ni con las que tenía sobre sí mismo. Así se lo expresa a Reyes claramente: "Voy al fin a publicar libros, de crítica y de pedacería. La gente insiste demasiado en que yo "no he hecho nada". Ya que tú haces simpatías y diferencias, y ganas reputación (aunque ya te he dicho que esos tomos no me gustan), yo creo no desacreditarme enteramente con tomos de retazos. Quizás el primero que publique se

titule *Mi España: artículos sueltos sobre España, unidos por un prólogo sentimental.*” (carta del 27 de abril de 1922).

Reyes habló de “un hiato irremediable entre el Pedro hombre y el Pedro escritor”, y muchos de los que le conocieron se han lamentado de que el apostolado de su magisterio le haya robado tantas horas a una vocación que debió seguir por cauces más anchos. Aunque el requerimiento peca de injusto, el hiato existe, y quizás sea explicable a partir de las contradicciones que sufrió tan dramáticamente, y de las que no pudo escapar a pesar de su dominio y vigor moral- “Soy dos seres superpuestos” dice en carta del 13 de agosto de 1914-, o simplemente pudo haber sido esa “extraña fortuna” a la que alude en otra de sus cartas a Reyes, la que le hizo convertirse en una máquina de escribir prólogos y artículos dispersos. “Me he convencido, con tristeza, -dijo en el vértice de la desesperanza - de que soy superior en la vida a lo que estoy escribiendo”, para agregar “En fin, quedará como influencia, ya que no como obra”. (Carta del 13 de agosto de 1914).

El retrato más desgarrador del Henríquez Ureña de los últimos años lo encontramos, justamente, en la carta que su amigo Reyes escribe a Genaro Estrada en 1928, donde le dice: “Nunca hemos hablado de nuestro querido y admirado Pedro H.U. Vive con gran pobreza. en una situación hartamente modesta, no muy bien avenida dentro de casa, sumamente triste, cansado, y casi casi renunciando a todo, leyendo libros a pequeños sorbos en desorden, sin enfocar nada con voluntad, destrozado por dentro, con las heridas de México sangrantes y siempre — en el fondo — acariciadas con amor sádico, adorando a sus hijas, con singular preferencia por la mayor que va saliendo muy malcriada, lleno de disputas íntimas, sin poder dar a su compañera las alegrías ligeras que reclaman la juventud y la belleza de ella, y realmente al borde de catástrofes. ¿Qué hacer Genaro?” (Carta del 24 de diciembre de 1928, en *Con Leal Franqueza*, Tomo II, pág. 174).

Descontado el tono dramático característico en Reyes, la imagen se corresponde con la que nos ha dejado de él la mayoría de quienes le trataron en su estancia final en Argentina, entre otros Ezequiel Martínez Estrada.

La lectura del Epistolario sugiere una especie de pacto entre los corresponsales; un acuerdo acaso no del todo comprensible para nosotros que hemos olvidado el perfeccionamiento a través de la ascesis literaria y la amistad pura, rubricado por afinidades profundas, pero también por diferencias que originadas fundamentalmente en sus temperamentos, acrecentaron los lazos por lo que significaba uno de complementación para el otro. Similitudes familiares: los dos provenían de familias ilustres, con padres que si bien fueron responsables de la educación ilustrada de sus hijos, también los hicieron víctimas de su activa participación en las luchas partidarias. Francisco Henríquez y Carvajal, político y Presidente de Jure de la República intervenida, y Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y gobernador del Estado de Monterrey, asesinado en los albores de la revolución. En las cartas hay frecuentes referencias a las relaciones conflictivas de los hijos con los padres. Si radical Alfonso, desapegado Pedro, que revela se mantuvo alejado del padre por más de tres años, y que un día lo *contrarió profundamente declarándose “enemigo de la idea ‘patriotismo’*. Podría arriesgarse la idea de que la temprana animadversión de los escritores hacia la política tuvo su origen en esta rebeldía adolescente hacia la figura paterna, y es indudable que en los resentimientos de Reyes hacia México influyeron tanto las envidias y las intrigas sugeridas en la correspondencia, como el trauma de la muerte del padre. “Odio aquel país miserable y sólo me acuerdo de él para temblar ante el quizás ineludible regreso”, escribió el 25 de abril de 1914. Y desde París, el 5 de octubre de 1925, después de una breve visita a su país: “México es un mal vino: se tuerce en el recuerdo, se echa a perder en el sabor a medida que pasan los días: cada vez, de lejos, lo siento menos grato. Esos periódicos están llenos de mentira y maldad.” No es sino hasta 1939 cuando declara la reconciliación con su destino mexicano y con su nombre: “He preferido quedarme aquí, quedarme aquí, re-cristalizar aquí (...) Quiero vivir mi lucha; algún día debía yo concentrarme en lo mío” (carta del 22 de marzo de 1939).

A pesar de que las diferencias en su formación determinaron las diferencias en sus intereses — más diverso Henríquez Ureña

en su inclinación hacia la sociología, la música y el teatro - así como sus posiciones irreconciliables sobre las literaturas francesas y alemanas - mientras Henríquez Ureña se mantiene alejado de la literatura francesa, tan admirada por Reyes, éste no logra interesarse por la literatura y el pensamiento alemán, tan del gusto del dominicano - lecturas y autores comunes marcan las afinidades de su universo intelectual: Góngora, Sor Juana, Ruiz de Alarcón, Lope de Vega, Oscar Wilde y los clásicos griegos, de tanta gravitación en la obra de Reyes. Y en el centro de su pensamiento España, con la que Henríquez Ureña se reencuentra gracias a Reyes, y sobre todo Hispanoamérica: historia y literatura, teatro y música, pensamiento y cultura popular. Nuestra América como gozne de su humanismo integrador y de su proyecto utópico.

Pocas veces, como lectora, he disfrutado de una aventura de la inteligencia y del corazón como la del Epistolario de Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, el mejor espejo para los que creemos en el poder de la literatura y de la amistad.

BIBLIOGRAFIA

- Reyes, Alfonso - Henríquez Ureña, Pedro: Correspondencia I 1907-1914, edición de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.
- Henríquez Ureña, Pedro: Epistolario íntimo (1906-1946), Recopilación y prólogo de Juan Jacobo de Lara, 3 tomos, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1981.
- Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada, 2 tomos, Colegio Nacional, México, 1993.